

valentin

quintaié



Valentín Quintaié

Madonna desempoderada

y otros textos



Ediciones Microcentro

Madonna desempoderada

El charco de dentífrico se escurría por el desagüe del lavamanos. Madonna se incorporó, con los brazos sosteniendo su cuerpo, que languidecía a la mañana tan temprano. Y observó, cuando apareció su cara reflejada en el espejo, que la distemia se había pronunciado. O tal vez fuera un efecto de la luz cenital que caracteriza a los baños. Hizo otra gárgara y cuando tuvo aclarada la garganta, soltó una nota y la sostuvo. Bien alto. No había melodía, pero su voz reverberaba entre las 4 paredes, y de fondo se escuchaba el tic tac tic tac tic tac tic tac de la canilla mal cerrada. Alguien tocó la puerta.

Se sentó a la mesa. Su pelo, modelado como una escultura, casi no entraba en el comedor. Al costado de cada uno de sus hombros, sus padres se disponían a terminar una taza llena de leche y cereales y de vez en cuando levantaban las cejas para lanzarles una mirada desde cada punta. El señor Ciccone tenía las piernas cruzadas hasta la punta de los dedos del pie, parecía amarrarse a la silla como un instrumento de tortura, y si se movía lo hacía para limpiarse la boca o toser de costado. Por lo general, los desayunos en Michigan transcurrían de manera distendida, pero ese era distinto. La señora Ciccone, que solía servirle primero que nada a su hija, parecía ausente, demasiado pensativa.

Las afueras de Bay City eran dominadas por grandes lagos. Salieron a toda velocidad, en dirección a un campamento Ojibwa. Durante el viaje, el pelo de Madonna se había ido derramando hacia los costados. Combinó unos mechones y armó un rodete que intentaba parecerse a Evita, la del musical. La puerta del auto se abrió de golpe, su madre le hizo señas para que baje del auto. Un conjunto de personas se acercó a ella. Comenzaron por sus manos, le tocaban la palma de arriba hacia abajo. Eran siete y entre ellos la mujer más anciana fue la que más se demoró en explorar su cuerpo. Finalmente, le clavó las uñas. Pegó un alarido de dolor y terror. Dos gotas de sangre cayeron sobre la tierra apelmazada sobre la que se habían detenido. Sus padres, dentro del auto, observaban en silencio. Los siete se multiplicaron exponencialmente. Del campamento empezaron a salir

hombres, mujeres y niños y formaron un círculo alrededor de unas maderas que no tardaron en prender. Mientras tanto, desarmaron su rodete y dejaron que su pelo cayera libre. Le indicaron que se sentara. Se tranquilizó. Comenzó a agacharse y entendió que debía sentarse "como indio" con las piernas cruzadas. Desde esa posición, sintió que alguien la empujaba de atrás, no entendía ninguna variante del idioma algonquino. Cada palabra le parecía una ráfaga de viento helado, algo que se refería a Canadá, a hojas, o a plumas. Desde atrás recibió un rebencazo. Le indicaron, con señas, que se pusiera en cuatro patas, como un perro. En esa posición, la vistieron con una túnica negra, larguísima. Fueron amables, y delicados y volvieron a turnarse, niños, niñas, hombres, mujeres y, finalmente, los ancianos. Los ancianos daban la pauta de la ceremonia, comenzaban y terminaban cada uno de los rituales a los que se veía suavemente sometida. Estiró una pierna, abrió los brazos y se levantó haciendo una mueca con la boca. Levantó un pulgar. Desfiló por la fogata encendida, en puntitas de pie, revoleando las manos en forma de saludo. La tribu no aplaudía, celebraban aullando y golpeando los pies contra la tierra. Eso generaba un ritmo cada vez más tenso. Tic pum tic tac tic pum tic tac tic pum.... La anciana levantó la mano y el ritmo se detuvo. Madonna se encontraba adornada con flores y plumas y la túnica negra había quedado estirada en el suelo. La anciana hizo un gesto incomprensible y, sin mediar palabra, el hombre más fuerte del grupo levantó la túnica de un saque.

El señor Ciccone, que sostenía una cámara de video en su mano, registraba todo con una cruz clavada en su mano izquierda. El hombre se acercó al auto, los obligó a bajarse. Madonna se encontraba protegida detrás de cuatro niños y dos mujeres enormes, rojas. Sus padres le suplicaron con la mirada. Ella simplemente sacudió su cabeza, moviendo el cabello. Otras dos mujeres de atrás la acariciaron. El hombre más fuerte de la tribu envolvió al señor Ciccone y su esposa dentro de la túnica. Se escucharon quejidos y el botón de la grabadora detenerse. Antes de que cayeran al fuego, salió rodando la cruz que sostenía con la mano.



Origami

Soy sucio. Los piojos me roen. Los cerdos vomitan al verme. Me repito a mí mismo: todo va a estar bien, todo va a estar bien... Levanto la persiana, hay dos rayos de luz que penetran mis ojos. Se ilumina el espejo de mi habitación, así me veo: giro sobre el borde de la cama, me siento apoyando los dos brazos y pienso.

Dejo mi departamento a las 10.30 de la mañana. Me choco con el vecino del B, un abogado berreta lleva su enorme ovejero alemán hasta la planta baja. No entramos los tres en el ascensor. Él baja por las escaleras y me deja con el animal a cargo. Mientras descendemos, nos miramos en silencio y cuando me distraigo, me muerde. Unas moscas lo envuelven y lo atacan en loop. Huele como un perro sucio de la calle, mojado, viejo, pesado. Yo observo mi mano sangrando. Saco un spray de la mochila y el olor a alcohol decora el ambiente. Se abre la puerta del ascensor y salgo temblando hacia un hospital. En la guardia unas señoras sentadas al lado mío se tapan la nariz. Reconozco de la tele a una de ellas. –Es peor si no te limpiás–, me dice el médico con un barbijo puesto.

Vuelvo a mi casa. No sé qué comer, solamente queda un plato con bazofias. Me dedico a observar por la ventana al edificio del frente: Alma se desnuda. Ordena un poco su pequeña habitación. Lava unas medias. Riega una planta ajada e indefinible. Pone la radio. Bosteza varias veces. Se sienta en el borde de la cama con un pijama viejo. Me pregunto por qué se levanta tan tarde. Mete el pijama viejo en una bolsa. Se lava la cara. Agarra la bolsa y sale del edificio. Abre un container y aparece el torso de un hombre de espaldas. Sorprendida, se disculpa y le muestra el pijama. El hombre se lo prueba y le agradece con un gesto. Alma lo toma del brazo y lo ayuda a salir de la basura. El perro del B se acerca rabioso. Forcejea con la bolsa del pijama hasta que logra romperla con los dientes y le muerde un dedo a Alma. El hombre le parte un palo en el lomo. El vecino del B corre hasta el perro desmayado. Le toca el hocico con las dos manos. Se levanta y le pega una trompada al vagabundo que tropieza con el container y cae adentro, nuevamente. Alma habla por teléfono. En menos de cinco minutos aparece una ambulancia y se lleva al perro.

A la noche escucho al vecino del B entrar a su casa, sin el perro. Al rato, Alma se acerca a devolverle una correa. Ella es la encargada de pasear al ovejero día por medio durante la semana. Entre los dos buscan un hueco en el cementerio de animales para enterrarlo. El vecino del B entra a mi casa esa misma noche. Apoyado sobre la puerta lo encuentro triste y empapado. Con los ojos lo invito a pasar. Charlamos sobre los duelos. Evito comentarle acerca de la herida que me causó su perro, escondo la mano mientras me habla. Me despido de él, se retira dejando un aire oscuro. Bajo las persianas y me echo a dormir.

Me levanto a las pocas horas afiebrado, siento cómo me late la mano y llamo directamente a mi médico. Viajo hasta el hospital durante la madrugada. Me retuerzo del dolor. En el consultorio hay dos camillas, me suben a una y extendiendo el brazo para que me curen.

Mientras me colocan anestesia me inclino lentamente, entrecierro los ojos y veo un perro al lado mío. Me pregunto si Alma está bien, si a ella no se le infecta la mordida. Me despierto aullando. Una enfermera intenta calmarme. Hace un chiste sobre la luna llena. Me dan el alta y cuando vuelvo a mi casa, ahí sigue la luna. Me baño violentamente sin tocar la mordida que supura y me seco agitando todo mi cuerpo. Golpeo la puerta del vecino en busca de un poco de comida. El vecino del B no contesta. La puerta está abierta, entro y me encuentro con el departamento vacío. Desde la ventana de su casa se ve a Alma con más detalle. Noto que tiene las luces del living prendidas. Un calor insoportable sube desde mi mano vendada hasta el hombro. Insulto al perro muerto y al dueño. Alma aparece del otro lado de la calle y me clava la mirada a la distancia. Intento sonreír, pero cuando abro la boca los dientes se traban en mis labios. Corro hacia el pasillo y me resbalo en el envión.

Entro en cuatro patas a mi casa. Un olor a podrido me paraliza. Me agarro con fuerza al marco de la ventana y me incorporo lentamente. Estiro el cuello más largo de lo habitual. Intento pronunciar Alma su nombre y no me entiendo a mí mismo. Escucho estacionar un auto y mis orejas se ponen duras como un radar. Veo a Alma salir de su edificio en dirección al mío. Grito de emoción. Se abre la puerta del departamento y aparece ella

preocupada. La acompañan dos hombres. Les ladro, estoy asustado. Uno de ellos es el vagabundo que vive en el container, el otro es el vecino del B. Me acerco a olfatear a Alma, ella se agacha hasta mi altura y veo que tiene una mano vendada y en la otra lleva una correa. Sin darme cuenta, mi cuello recibe un tirón y me encuentro bajando las escaleras. En la calle, me lanzo contra Alma y busco desesperadamente lamer su mentón. Chupo cada una de sus lágrimas, profundamente arrepentido. Ella acaricia mi cabeza y vuelvo al piso. Busco su mirada. El vagabundo me empuja desde la cadera, el vecino del B tironea mi cuello para ubicarme dentro de una jaula con otros perros olorosos. Le suplico a Alma que me liberen, pero ni siquiera parece entenderme. Veo cómo su rostro se aleja. Los perros comienzan a ladrar y yo me vuelvo contra todos ellos.



**Manifiesto de las adoratrices de la congregación
de las esclavas del santísimo sacramento**

Lascia ch'io pianga
mia cruda sorte,
e che sospiri
la libertà;
Il duolo infranga
queste ritorte
de' miei martiri
sol per pietà.

¿Por qué se convierte en meme una señora brasilera que le reza a un muñeco de Elrond, el elfo del Señor de los Anillos, creyendo que se trata de San Antonio de Padúa, un sacerdote franciscano? Porque esa señora adora. Y acá está el punto: no se puede adorar todo. Se trata de un acto sencillo, de caer rendido de rodillas al suelo, enfocar la atención en una porción reducida del universo. Es necesario que 1 sea el foco, que lo individual se transforme en singular, que se refuercen los límites hasta romperse las cosas y fundirse con el cosmos, como los efluvios, como el acto de rezar, por dar un ejemplo. Las adoratrices podemos ser laicas, despertarnos tarde, practicar la promiscuidad, vivir la injuria, las adoratrices simplemente nos dedicamos a adorar. Si se nos pagara por describir la obra de Marcelo Pombo, nunca podríamos decir: “Marcelo Pombo (Buenos Aires, 1959) comenzó a exponer en los ´80 y formó parte del grupo de artistas que expusieron en el Centro Cultural Rojas durante los 90´.”, las adoratrices diríamos: “La obra de Pombo es un paquete de células, hallar una obra de Marcelo Pombo es como revolver la basura y encontrarse un paquete brillante con un moño, sus pinturas tienen el color de un tesoro pirata emergiendo del barro”. La adoratriz podría confundirse con una groupie para presenciar, en silencio, el momento de inspiración del artista. Dentro de un taller de paredes altas, iluminado con una luz tenue y verdosa, vemos a la adoratriz reposando muda al lado del artista que se encuentra agachado y cabizbajo contemplando un bastidor sobre el suelo. Una gota recorre la pelada circular de Marcelo Pombo y cae

directo sobre la tela formando un punto. Comenzó la obra. La adoratriz no ofició de musa ni fue un estorbo, la adoratriz le dio un marco a la escena, lo sostuvo. Se asemeja al concepto de parergon. “For Derrida, parergon is also fundamental, particularly to the ergon since, without it, it "cannot distinguish itself from itself”. Sin una adoratriz no existe lo divino. Pero las adoratrices ni siquiera se plantean la inexistencia de lo sublime, la empresa de una adoratriz es administrar los cultos. Esta adoratriz en cuestión ni siquiera se encontraba mirando a Marcelo, ella tranquilamente se había extendido boca arriba en el taller, sin dirigirle la palabra, como una tortuga sobre su caparazón, posiblemente pensando en masturbarse al llegar a la casa. Antes de estirar el cuello, Marcelo había logrado fondear la mitad del cuadro. La adoratriz se retira temprano, prefiere retener la sorpresa. Por lo general no se las encuentra fácilmente. Durante una entrevista del 2005, una de ellas explicaba que su trabajo se acercaba más a la prostitución que a un voto monástico, y que la población se encontraba mayormente concentrada en países subdesarrollados. La adoratriz entrevistada se presentó a sí misma como actriz dramática y sensual, y aprovechó la situación para contarle al público una parte de la película que estaba grabando: después de una tormenta debía bajar por una calle empinada directo al centro de la ciudad, luego entraba a un amplio departamento a oscuras donde se encontraba con otro actor desnudo que la abrazaba por detrás hasta que se sumaba un tercero y ella desaparecía.

Las cucarachas son las adoratrices más antiguas. No sólo porque huyen, y porque reinan el planeta con mucha más anterioridad que la civilización humana (¿Quién no quiere que las cucarachas vayan presas?), las cucarachas, como las adoratrices, resisten y son eternas. En la pasión según G.H., Clarice Lispector, otra reconocida adoratriz, le hace comer una cucaracha a la protagonista de su novela y luego dice: “El mundo no dependía de mí; ésta era la confianza a la que había llegado: el mundo no dependía de mí, y no comprendo lo que digo, ¡nunca! Nunca más comprenderé lo que diga. Pues, ¿cómo podré hablar sin que la palabra mienta por mí? ¿Cómo podré decir, sino tímidamente: la vida me es? La vida me es, y no comprendo lo que digo. Y entonces adoro.” En el origen de la palabra adorar se encuentra delineada la idea de hablar con la boca, pronunciarse.

Entonces es evidente que todas somos, en distintas circunstancias, adoratrices. Incluso cualquier persona muda es, tal como la adoratriz de Marcelo Pombo, una adoratriz que arenga en silencio. El acto de adorar supone determinados principios: Aprender a postergarse. En el dulce abandono de uno mismo entregarse a las fuerzas violentas de la vida y acompañar la erosión. Primero adoro, luego existo. Exagerarlo todo, volverse extático, contemplar. Sacrificio o ánimo de disolver.

Antropológicamente el oficio de adoratriz se remonta a los primeros pueblos nómades del desierto. Los egipcios tomaron de las adoratrices la necesidad de los monumentos y las tumbas. El barroco en la música rindió culto al arte de la adoración con la perfección del contrapunto y la teoría de los afectos, el arte contemporáneo hizo lo suyo con la locura y la neurodiversidad. Las enamoradas de todo el mundo son otro tipo de adoratrices, harto conocidas. Hoy en día, de hecho, existe una red social de adoratrices que se convierten en íconos y se adoran a sí mismas. Las adoratrices deambulamos y volvemos a los mismos sitios, somos insistentes, adorar es el arte de insistir, que a veces toma la forma de la nostalgia o del olvido. La adoratriz, confesemos, es un ser duro por fuera y blando por dentro, como las cucarachas. Una adoratriz es un ataque de pánico, sabe del desierto y del exilio, es una profesional de la exhumación, una caja de pandora, un ser de luz que sufre por la noche y se despierta después del mediodía. Adoratriz es la que se adora, en principio, a sí misma. Perdidas en su propia historia se confunden y se olvidan de sí mismas y, encantadas por la vida de los demás, se rinden a sus pies. La adoración se encuentra en todos los oficios y atraviesa todas las formas del mundo. La inclinación de una escalera es una forma adorable, el electricista transpirado desnudo y subido hasta el último peldaño cambiando un foco de luz nuevo que brilla, en lo alto, es una imagen a adorar. El masaje de un enfermero y la escucha atenta de un enfermo, es adoración. Pero no cualquier sacrificio es adorable, el verdadero sacrificio no espera retribución a cambio. La adoración es lo opuesto a la cultura del trabajo, al sistema del arte y los artistas que se auto-perciben trabajadores de la cultura, y, por supuesto, a cualquier dogma religioso. La adoratriz es una persona que se reconoce profundamente enferma y limitada y que no

intenta detener el dolor, lo absorbe con cada porción de sus venas. Adorar es un evento fascinante, es pura expectativa de muerte. Pero también derroche, abundancia absurda, el caudal de un río contaminado, o ese momento en el que uno clava firme los pies sobre la arena y siente la marea en retirada raspando los talones. Un adorador masculino es un atleta fálico y frágil. La acción y efecto de adorar es inductivo, nunca deductivo. Se parte de lo mínimo y nunca se llega a lo importante. Adorar es darle paso al flujo de la vida, potenciarlo, aunque los cuerpos permanezcan quietos. ¿No resulta adorable correr lentamente las sábanas de una morgue y reconocer al muerto? ¿Reconocerlo no es mantenerlo vivo a toda costa? Las adoratrices somos expertas en el arte de la exhumación, habíamos dicho, somos la batalla contra la melancolía y, a veces, su teatro. Personalmente, si pudiera elegir otro trabajo y perfeccionar mi adoración, encuentro dos opciones: ser reidora o plañidera. Medea, la Malinche, La Difunta Correa que hizo correr leche de sus tetas después de muerta en el desierto de San Juan, las pitonisas, las brujas y las viejas locas, adoraron lo divino porque le dieron la vida y también la muerte a sus hijos. Adorar es agotador como cualquier desgarró. Es una praxis. Un intersticio entre la inmanencia y la trascendencia, el carácter y la sustancia de cualquier tipo de pasión. En el detalle del cierre de una bragueta hay adoración tanto como en el último hilo de encía que sostiene una muela, o el último tramo de tela antes de desarmarse exigido el pantalón de una culona. Las adoratrices somos un virus que se replica en un huésped que necesita mantenerse vivo, adorar es lo opuesto a convertirse en un parásito. Adorar es un síntoma generalizado, la única pandemia que perdura más allá de la evolución de las especies.

Valentín Quintaié (Mar del Plata, 1990) es artista y escritor.

Ilustran esta publicación sus pinturas:

Silvia (p.1), Bárbara Alejandra (p.2), Moriana (p. 5), Ernestina (p. 8), Soraya (p. 13)



Ediciones Microcentro
Buenos Aires, septiembre de 2023